

escaleras de dos en dos hacia el previsible fracaso literario.

El resumen propagandístico que presenta el editor es el siguiente: "Tras sufrir un grave accidente, Ella no vuelve a escribir. Derrotada y perdida, emprende un viaje a Firenze en busca de una fascinante historia que le contó su padre y que quiere convertir en novela. En su afán por sentirse viva crea un enigmático y silencioso personaje, *La Donna di Lacrima*, que recibe en un soberbio ático de la via Ghibellina a hombres que le cuentan su vida y adoran su cuerpo y su silencio. Nadie reconocerá en ésta a la solitaria y triste escritora que restaura libros y visita cada tarde a las siete la antigua librería del *Mercato Nuovo* donde otro ser, un librero tan solitario y misterioso como ella, la espera".

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR

¿Novela?

Héroes e ilusos. Novela inspirada en los años más románticos del movimiento estudiantil en la Universidad Nacional

Jorge Meléndez Sánchez

Editorial Códice Ltda., Bogotá, 2008,
252 págs.

Como ya se ha dicho con bastante frecuencia, un pueblo que olvida su historia es un pueblo que tiende a cometer los mismos errores una y otra vez. Y esta máxima, que se les atribuye a varios autores desde Marx hasta Cecilia López, nuestra política criolla, indudablemente se aplica en Colombia. Nosotros hemos olvidado mucho, casi todo, y de ahí que con frecuencia cometamos los mismos errores sin siquiera saber que son errores. Realmente, y esto lo saben los expertos y los no tan expertos, es muy poco lo que los colombianos hemos aprendido de nuestra historia porque no la conocemos o sólo la conocemos parcialmente.

Por eso es de celebrar que se publiquen libros que cuenten nuestra historia, sus diferentes momentos, y no textos de historia propiamente dichos porque en la mayoría de los casos éstos sólo dan a conocer la historia oficial o la historia de los poderosos, de los jefes políticos, de los partidos tradicionales, todo ello en versión "engaña-bobos".

La novela, al ser relato, desde luego da cuenta de hechos de la vida de un pueblo y, a veces logra hacerlo incluso con mayor fidelidad y veracidad que los textos de historia escritos desde las fuentes oficiales o desde los medios de comunicación (que sería casi lo mismo), que no dan más que versiones reducidas de la vida que nos vemos obligados a "tragarse" sin chistar.



En Colombia, son varios los autores que se han dedicado a esta labor de combinar la historia y la literatura. Por ejemplo, en épocas no tan recientes aunque contemporáneas, Andrés Caicedo, el fallecido escritor caleño, nos deleitó con sus novelas sobre el *Zeitgeist* (espíritu del tiempo) de la capital del Valle en los años setenta. Y es que narrar el *Zeitgeist* es, claro, una forma de hacer historia, que puede resultar entretenida y constructiva en un país que, como muchos otros del mundo, me temo, no quiere ver sino aquello que no le duele, que no lo mortifica, un mundo donde hay unos buenos y unos malos que, como en cualquier película gringa de dudosa calidad, se enfrentan en mil batallas

hasta que finalmente vencen el bien y sus aliados. En *¡Qué viva la música!* Andrés Caicedo nos muestra un pedazo de la historia viva de su ciudad y, con ello, del país, y hasta del mundo porque claro, si ningún hombre es una isla, como decía John Donne, tampoco lo es ningún país y, claro, la historia de Colombia no está desligada de la historia del mundo y mucho menos cuando se trata de los llamados consumos culturales muchos de los cuales recrea Caicedo en su excelente novela. Otros narradores colombianos también han hecho novela histórica que, aclaro, no tiene que ser como la saga de los reyes de Francia de Maurice Druon, para poner sólo un ejemplo, ni tiene que basarse en el relato de las peripecias de personajes que han marcado la historia nacional o mundial sino que, como ya lo he dicho antes, pueden mostrar de manera clara el espíritu de una época. Entre estos narradores podría destacarse a Álvarez Gardeazábal, a Fernando Cruz Kronfly, a Gustavo Bolívar, a Nahum Montt y Alistar Ramírez, para acudir sólo a los que se me vienen a la cabeza en primera instancia. En este listado hasta cabría incluir al mismísimo García Márquez, quien no sólo en sus *Cien años de soledad* nos presenta la historia de la costa Atlántica y de la nación, sino en toda su obra.

Y, bueno, los lectores y lectoras se preguntarán a qué viene este preámbulo tan largo. Viene a que la novela *Héroes e ilusos* de Jorge Meléndez, como su subtítulo lo indica, es un relato de aquellas épocas que vivimos o casi vivimos muchos de los que están leyendo esta reseña y quien la está escribiendo, cuando éramos aún más jóvenes. En el sentido de lo que discuto más arriba, la tarea que se propone el autor es muy loable: reconstruir un pedazo de la historia colombiana del que no hablan otros textos o sólo lo hacen para decir que allí fue que se originó la *bandolería*, tema que, claro, sería muy discutible, pero que aquí no voy a abordar. Sin embargo, en el caso de esta novela sucede lo que con muchas cosas en la vida: la idea ori-

ginal es buena, muy buena, pero la realización es pobre.

Habiendo dicho lo anterior, creo que ahora sí puedo referirme a este libro como quería hacerlo todo el tiempo: como una ¿novela?, así con sus dos signos de interrogación. ¿Para qué los uso? Para indicar que no estoy muy segura de que el texto de Jorge Meléndez sea una novela propiamente dicha, sin que, de paso sea dicho, yo crea que exista un monolito de forma y contenido que uno pueda llamar novela. Aclaro aún más: con el paso del tiempo y los cambios de la humanidad y, por ende, de lo que llamamos literatura, es posible ver que la novela es un género cada vez más indefinible. Hay novelas de muchos tipos, escritas de muy diversas formas, desde las más convencionales hasta las más inauditas. Sin embargo, sí creo que hay unos parámetros mínimos que deben cumplirse para que una novela pueda llamarse así con justicia. En el relato que es la novela se combinan, ojalá con maestría, la acción, los personajes y el ambiente, creando una obra de arte que, así sea por los siglos de los siglos amén, los otros disfrutan no sólo por lo que cuenta sino también por la forma en que lo cuenta.

Pues bien, en la ¿novela? de Jorge Meléndez, o bien faltan algunos de estos elementos o si están, no están bien combinados.

Empecemos por lo que logra mejor: el ambiente. Esta ¿novela? describe bien el ambiente en el que se desenvolvían en los años sesenta y setenta muchas de las discusiones políticas del país en un momento en el que quizá por primera vez en la historia del mundo, y ciertamente en la historia del país, los jóvenes tenían una voz propia: tanto en la Universidad Nacional de Colombia como en otras universidades del país como la UIS (Universidad Industrial de Santander) y la Universidad de Antioquia, para dar sólo dos de los más notables ejemplos, los jóvenes se reunían no sólo en las clases sino en diferentes bares y cafeterías por dentro y por fuera de la sede física de la institución a hablar sobre el

país, sobre sus rumbos, sobre sus gobernantes, sobre la pobreza y la riqueza, la justicia y la injusticia, lo que había que hacer y lo que no. Era una época de una gran efervescencia en todos los sentidos: ideológicos, éticos, estéticos, políticos, etc. Y esto tiene un valor histórico muy importante y Meléndez logra captar bien, aunque de manera un poco reiterativa, cuáles y cómo eran esos ambientes en aquel entonces. El Bohío, el bar donde los jóvenes revolucionarios de la novela se reúnen a tomar cerveza y a charlar sobre política no me es para nada ajeno pese a que nunca estudié en la Universidad Nacional de Bogotá ni la frecuentaba... No obstante, puedo decir que en ese bar también estuve con mis amigos, pues solía ir a algunos bastante similares, en frente a la Universidad de Antioquia, donde hice estudios de Filosofía. Mientras leía el libro de Jorge Meléndez podía evocar las imágenes muy bien: veía a los del partido X y a los del partido Y soñando con cambiar el país, a uno que otro loco mechudo militante de la "social bacanería", otros que estaban a un paso de irse para el monte con el ELN y, cómo no, a las chicas que acompañaban a estos intelectuales revolucionarios en sus búsquedas auténticas y no tan auténticas. La novela, dicho en pocas palabras, está bien ambientada. Del bar de enfrente de la universidad vamos a la librería de la JUCO, de allí a los edificios con sus sobrenombres pintorescos y, de allí, a los patios y avenidas donde se armaban las pedreas y esto es un buen retrato de lo que se hacía en la universidad por aquellas épocas... Y en medio de todo esto, un gran bla, bla, bla...

Y creo que en cuanto a la acción de su ¿novela? Meléndez peca tal vez por ser muy fidedigno, es decir, por retratar casi como en calco ese bla, bla, bla interminable y, entonces, su ¿novela? pierde toda fuerza narrativa. Los diálogos son eternos, aburridos, repetitivos y circulares (no estoy diciendo que no lo fueran en aquella época, pero aunque la novela dé cuenta de la realidad, una cosa es la realidad y otra la ficción).

Los personajes de la ¿novela? se la pasan hablando, hablando, hablando, sobre el mismo tema, con las mismas palabras y, entonces, la acción queda reducida a cero y esto, por supuesto, cansa al lector o, al menos, a mí me cansó mucho. Si bien estos años fueron años de muchas palabras, la novela para serlo no tendría que haberse quedado sólo en eso. Porque entonces no es del todo una novela sino como una especie de testimonial de ficción, pero que aburre, que cansa, que agota y que sólo logra a medias recrear ese periodo de la historia colombiana tan intenso, tan interesante y que tan poco ha sido analizado, para no decir contado.



Los personajes... ese otro ingrediente de la novela que la vuelve pieza narrativa eficaz; en esta ¿novela? se abarca mucho y se aprieta poco en este punto. Los muchos personajes están totalmente desdibujados, no tienen fuerza, no lideran ninguna acción ni movimiento, excepto desde las sillas de la cafetería, a las sillas del salón de clase, a las del auditorio de asambleas estudiantiles. Tampoco tienen ninguna pasión, ninguna falla trágica en su carácter, nada, nada, nada que haga creer que están vivos. Los personajes centrales, o que uno adivina que son centrales, pues son de los que más se habla y los que más hablan, no tie-

nen aliento vital propio. De alguna manera, la historia gira en torno a un muchachito y su novia, Iván y María Elvira, si bien recuerdo, que se la pasan hablando y hablando entre sí y o con otros amigos, de lo mismo (léase discusiones muy particulares sobre las diferencias ideológicas sutiles de los distintos partidos de la izquierda que en aquel entonces empezaban a florecer o llegaban a su apogeo). De vez en cuando, estos dos personajes tienen discusiones un poco más amenas con Maquiavelo, el único personaje que quizá logra un brillo como personaje. Su brillo es tenue, pero es brillo al fin de cuentas. Maquiavelo es un manizalita loco del Partido Liberal, obsesionado con la película *El planeta de los simios*, de la que hace unas lecturas bastante divertidas que de alguna manera prefiguran mucho de lo que hoy ocurre en el planeta Tierra. De resto hay mención de nombres, curiosamente nombres que reconocemos como figuras todavía activas en la política y en otros mundos relacionados, pero que, como se aclara en la reseña de la contracarátula del libro, sus “actos pueden no tener relación con el andamiaje del relato”. Y en realidad ¡no la tienen! Están ahí, como se dice, sin ton ni son, Molano, Cepeda, Estanislao Zuleta, Jorge Orlando Melo, entre otros de esa misma estirpe, pero nada agregan y nada quitan. Son convidados de piedra y punto.

Entonces, la buena idea de Jorge Meléndez de narrar esta importante fase de la vida nacional no logra vencer porque su realización es pobre y, como todos lo sabemos, la literatura son ideas y/o sentimientos puestos en palabras para el placer del ser humano, cualquiera sea su índole.

Para finalizar quiero señalar algo que me parece importante: este libro no tuvo editor, y creo que ni siquiera corrector de estilo. El texto está plagado de errores de ortografía, frases incompletas o intercaladas con otras, y su sintaxis es rara, por decir lo menos. Como recomendación general, le diría a Editorial Códice que su tarea de publicar libros es muy encomiable en tiempos

donde el libro es cada vez menos común, por decirlo de alguna forma, pero a la publicación de un texto, en este noble oficio editorial, la anteceden unos procesos como los que hacen el editor y el corrector de estilo, que no son evitables y ninguna casa editorial se los ahorra, pues como lo sabe cualquier persona que haya trabajado en este campo, no le corresponden al escritor sino a quien lo publica.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

Los ríos de sangre ✓

Nuestras vidas son los ríos

Jaime Manrique

Juan Fernando Merino (trad.)

Alfaguara, Bogotá, 2007, 366 págs.

Hay un filme del griego Michael Cacoyannis denominado *Las mujeres de Troya* (1971) que, entiendo, se basa en *Las troyanas*, la tragedia de Eurípides. La particularidad de ese filme radica en que enfoca el problema de Troya desde la visión de sus mujeres. Allí Casandra, Hécuba y Andrómaca, en especial, evidencian la saña de los héroes aqueos tras su victoria, despojándolos así de su aura gloriosa. Aunque lo vi hará cosa de unos veinte años, recuerdo todavía la vehemente desacralización de Ulises que se realiza en cierta escena, quien es visto como un timador y un mentiroso por parte de Hécuba, en vez de suscribir el reconocido don de la inteligencia con que Homero lo revistiera en sus dos obras, al endilgarle, precisamente, el epíteto de “ingenioso”.

La obra de Eurípides es mucho más verídica que la de Homero y contribuye a desmitificar a los grandes personajes que hicieron la historia y la leyenda. Su método, ya lo dije, es el cambio de foco. Basta, entonces, con acomodarse en otro ángulo del asunto para que el mito se resquebraje.

Sabido de ello, el autor barranquillero Jaime Manrique ha optado por aproximarnos a la figura de Bolívar desde su más cercana intimidad: la que sólo pudieron conocer sus familiares, amigos, sirvientes y, en este caso, su amante, Manuelita Sáenz. A través de ella, en efecto, accedemos a aquella América Latina de la época independentista según la mirada de sus mujeres. Pues, hay que precisarlo, las cuatro partes de la novela, tituladas cada una con el nombre de “libro”, precedido del ordinal respectivo (primer libro, segundo libro, tercer...), son propuestas no sólo desde la imagen de Manuelita, sino con voces que miman la suya propia y las de sus dos esclavas: Natán y Jonotás.



Así, entonces, las tres mujeres nos muestran el rostro de aquella sociedad que en la primera mitad del siglo XIX padeció los estertores del colonialismo español y el advenimiento de nuestro inocuo país. Inocuo porque se sustenta en mentiras escritas con sangre que estas tres mujeres nos revelan sin atenuantes y cuando alguna, especialmente Manuelita, cede a la flaqueza del amor para vanagloriar a su amante,